

UN CONCILIO TAN NECESARIO COMO INSUFICIENTE

Crítica de M. Légaut al Concilio Ecuménico Vaticano II

José Amando Robles

Aunque el pontificado del papa Francisco ha supuesto una clara y valiente voluntad, a diferencia de los de sus dos predecesores, de aplicar en la Iglesia Católica la renovación del Concilio Vaticano II (1962-1965), aún persiste el conflicto en el interior de ella, y a saber todavía por cuánto tiempo más durará, en cuanto a la interpretación del mismo y, por tanto, en cuanto a la renovación que el Concilio se propuso realizar: unos opinan que se le ha de considerar como un punto de llegada, a interpretar por tanto conservadoramente, mientras otros opinan, más bien, que fue un punto de partida, a interpretar de acuerdo a su “espíritu”.

Lo malo de un conflicto así es que atrapa a casi todos los católicos, hombres y mujeres, jerarquía, teólogos y fieles, y no permite ver las limitaciones cristianas del propio Concilio. Por ello sigue siendo de gran actualidad la crítica que hiciera al Concilio el laico católico francés Marcel Légaut, la misma que hizo a todo el cristianismo comenzando por lo que podemos considerar sus primeras manifestaciones contenidas en los Evangelios, lo cual ya de entrada sugiere su perspectiva.

Para Marcel Légaut, el Concilio Ecuménico Vaticano II fue tan necesario como insuficiente. Los pasos que dio son pasos que tenían que darse pero quedó radicalmente corto. Como al cristianismo desde sus comienzos, al Concilio, según Légaut, le faltó, pese a las expresiones que parecieran ir en

este sentido, conocer la profundidad del ser humano, cultivar dicha profundidad y acompañar al ser humano en su cumplimiento. Tampoco fue capaz de recuperar la humanidad de Jesús, dimensión tan esencial para ser cristiano. Sigue sin conocer críticamente su historia como Iglesia y como tradición, aspecto tan importante para saber qué tiene que superar y corregir. No conoce en profundidad la crisis actual ni la búsqueda de realización por parte del ser humano hoy. Por eso tampoco propuso una mutación de la Iglesia y una conversión personal. Quedó en un *aggiornamento*, en una renovación o actualización. Fue más el Concilio de un cristianismo-religión, que de un cristianismo-camino espiritual.

Las acusaciones y la crítica formuladas cuando apenas el Concilio se estaba terminando y después son muy graves pero muy certeras. Es necesario conocerlas y tenerlas en cuenta, sobre todo al ser prácticamente desconocidas, víctima su autor del silencio al que, laico y sin título académico en teología, le ha condenado la teología profesional, institucional y no institucional. Se diría que, tanto para unos como para otros, la crítica de Marcel Légaut fue y es políticamente incorrecta, por no decir inaceptable. Sin embargo, quizás no haya otra crítica políticamente más correcta y pertinente. El paso del tiempo le está dando la razón. En este breve artículo queremos evocarla y llamar la atención sobre ella.

Un Concilio sumamente necesario...

Marcel Légaut (1900-1990), laico católico, culturalmente moderno y discípulo, en un sentido amplio y no tanto, de teólogos e investigadores “modernistas”, al menos de los franceses, no podía estar eclesial e históricamente mejor ubicado para percibir la necesidad de la renovación en la Iglesia Católica e identificarse con ella. La brecha existente

entre Iglesia y modernidad fue muy pronto una experiencia lacerante en él.

Tenía razones nuestro autor para ver el Concilio como una necesidad histórica y por eso, aun siendo crítico, lo avaló en todo lo que tuvo de renovador: su naturaleza pastoral, reforma de la liturgia, valoración del laicado, colegialidad episcopal como forma de gobierno, ecumenismo, libertad religiosa, encuentro y diálogo con las otras religiones, apertura al mundo moderno, etc. Todos fueron pasos valiosos en sí mismos y necesarios para que un día el cristianismo se pueda descubrir como lo que es, propuesta y camino de realización humana plena, es decir, de espiritualidad. Sin aquellos pasos, imposible que se dé este descubrimiento.

Por eso le dolió profundamente cuando, durante el mismo Concilio y bajo Pablo VI comenzó la sustracción de temas a la competencia del Concilio y con ello vino la falta de libertad para ser críticos y el miedo; reacciones todas ellas que, en los ochenta, con Juan Pablo II y el entonces cardenal Ratzinger al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe, comenzarían a traducirse en signos inequívocos de vuelta atrás y de restauración, como fue el intento en 1988 de reintegrar en la Iglesia a los seguidores de Monseñor Lefebvre, obviamente con concesiones. Este viraje de la Iglesia, lo denunciaría Légaut en el famoso manifiesto “Un catholique à son Église” publicado en *Le Monde* (21 de abril de 1989) y que él mismo calificó de un “llamado al mundo”. Tan grave consideraba el hecho que denunciaba. Su obra aparecida en 1988, *Un hombre de fe y su Iglesia*, nace en este contexto y en parte es denuncia de él. El restauracionismo doctrinal que significó el pontificado de Juan Pablo II, programa después del gobierno de Benedicto XVI, ponía en peligro el Concilio Ecuménico Vaticano como esfuerzo renovador y de cambio,

y había que denunciarlo reivindicando el Concilio. Légaut así lo hizo durante el pontificado de Juan Pablo II.

...*pero profundamente insuficiente*...

...no tanto quizá desde un punto de vista histórico porque quizás aquello fue lo máximo que en aquel momento se podía alcanzar. La Iglesia no estaba preparada para más. Pero sí lo estuvo a partir del Concilio en sí mismo considerado ya que, en el mejor de los casos, quedó en *aggiornamento* o puesta al día lo que tenía que haber sido y significado una mutación. Tal es la valoración que de manera global le merece a Marcel Légaut el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Aun reconociendo que, después del Vaticano II, la Iglesia ha cambiado más en su manera de enseñar y de comportarse que durante los siglos pasados, Légaut declarará que el Concilio ha cambiado bien poco o que lo que cambió fueron cosas de poca monta. Así lo advertía ya en 1966, apenas un año después de clausurado el Concilio, en una charla a un grupo de amigos: «Por más que cambien las cosas —por ejemplo, la liturgia—, si pensamos en el problema esencial, constatamos que se trata de cambios en pequeñas nimiedades. Lamento decirlo pero, en este punto, el Concilio ha resultado una nulidad». ⁽¹⁾

«Pequeñas nimiedades», «una nulidad», podrán considerarse expresiones espontáneas, faltas de rigor, propias de una charla. Aunque la charla era sobre la obra que estaba escribiendo desde hacía años, «El cumplimiento humano» ⁽²⁾, su obra más importante, con contenidos y valoraciones muy

⁽¹⁾ “Voy a hablaros un poco de mi libro, aún en gestación...” (Les Granges, 1966), *Cuadernos de la Diáspora* 17 (mayo-noviembre 2005), pp. 18-19.

⁽²⁾ *L'accomplissement humain*. Así es como tituló lo que iba a ser una sola obra, su obra principal, en dos tomos y que luego aparecieron como dos obras y,

pensados y reflexionados. Pero este es el juicio que mantendrá veintitantos años después en una obra, ya no en una charla, *Un hombre de fe y su Iglesia*, aparecida por primera vez en francés en 1985 ⁽³⁾, juicio que subyace a todas sus obras escritas durante los años del Concilio y después y, sobre todo, en su prefacio de 1985, titulado “La situación de la Iglesia en el postconcilio” a *Creer en la Iglesia del futuro*.

En *Un hombre de fe y su Iglesia*, Légaut dirá —de una manera que puede sonar categórica en el sentido de autoritaria o no fundada pero que no lo es porque no es su estilo ni el del capítulo (II) en el que lo expresa, titulado “La Iglesia, ¿ha cambiado?”— lo siguiente: «No creo que el Vaticano II cambiara nada importante en la Iglesia romana aunque, en el tiempo inmediatamente posterior al Concilio, pudo dar la impresión de que sí» ⁽⁴⁾. Y así lo reiterará tres páginas más adelante: «No. Nada ha cambiado realmente en la Iglesia católica actual». Aunque cuando se expresa así, de suyo está pensando, sobre todo, en la jerarquía eclesiástica ⁽⁵⁾.

por razones comerciales de la editorial que aceptó publicarla (Éditions Aubier), en orden inverso al previsto y querido por Légaut, primero *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (IIPAC, Aubier 1970), y luego *L'homme à la recherche de son humanité* (HRH, Aubier 1971). De las dos hay traducción al castellano: *El hombre en busca de su humanidad* (El cumplimiento humano, I), Asociación Marcel Légaut, 2ª edición revisada, Madrid 2001, y *Reflexión sobre el pasado y porvenir del cristianismo* (El cumplimiento humano, II), AML, Madrid 1999 que, junto con *Creer en la Iglesia del futuro*, reedición de la AML, Madrid, 2017, son la traducción completa al castellano de IIPAC. Por un breve tiempo, Légaut consideró *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (Aubier, París 1975) el tomo III de «L'accomplissement humain» pero luego cambió de opinión.

⁽³⁾ Traducción al castellano, *Cuadernos de la Diáspora* 22 (mayo-diciembre 2010). *Un hombre de fe y su Iglesia* fue el último libro de Légaut publicado en vida (1988).

⁽⁴⁾ *Un hombre de fe y su Iglesia*, p. 69. Énfasis del autor.

⁽⁵⁾ *Un hombre de fe y su Iglesia*, p. 73. Énfasis del autor.

El Concilio no pudo significar el cambio espiritual que se necesitaba porque ni siquiera lo vislumbraba. El objetivo principal era la actualización de la doctrina, de la pastoral y de la Iglesia como institución religiosa; un objetivo más cerebral y afectivo de lo que normalmente se piensa; pero el objetivo no era la vida espiritual de la Iglesia en sí y en cada uno de sus miembros. De esta manera, el cristianismo, incluso renovado y actualizado, siguió siendo el de siempre, un cristianismo-religión, un cristianismo de naturaleza doctrinal; «judaizante», dirá reiteradamente Légaut; ritual y moral. De ahí la grave insuficiencia del Concilio.

En el mejor de los casos, el Concilio, con sus documentos y sus decisiones, pudo significar pasos previos que la Iglesia necesariamente tiene que dar en la comprensión del mundo y cultura actuales, del ser humano y de sí misma, del ser humano que fue Jesús de Nazaret, que le dio origen, en el proceso que le debió llevar a convertirse en testimonio y propuesta de plenitud humana. Pero solo en parte el Concilio significó esos pasos. No pudo ser ni significar más. No había sido convocado para ello ni el proceso que siguió y la gestión que se fue dando lo permitía.

Visión y posición crítica de Marcel Légaut

Lo primero que hay que decir es que las limitaciones y carencias del Concilio Ecuménico Vaticano II no son exclusivas de él como acontecimiento histórico, son las propias del cristianismo a lo largo de toda su existencia, prácticamente desde sus orígenes. «Veinte siglos de crisis», «desde el comienzo de la era cristiana», «los cristianos apenas siguieron este camino alguna vez», «durante veinte siglos la lectura de las Escrituras estuvo en falso», «la Iglesia apenas si ha comenzado la evangelización del mundo» son expresiones literales, todas ellas muy elocuentes, de Marcel Légaut.

En efecto, para Légaut el problema fue grave y comenzó muy pronto, prácticamente con la primera generación cristiana, desde los propios primeros discípulos que, a pesar de la gran calidad humana de la que dieron prueba al llegar a vivir en sí mismos la experiencia que hizo Jesús, al trasmitirla, tuvieron que hacerlo a partir del marco cultural y religioso que era el suyo y apoyándose en él, el judío, apoyado a su vez este en un marco cultural y antropológico, que es común en todas las religiones. Ambos marcos, poco adaptados a la originalidad de la experiencia que querían comunicar y ambos llenos de verdades-creencias. De ahí la tentación-conveniencia de utilizar cristologías, formulaciones doctrinales que muy pronto se hicieron confesiones de fe si no es que ya lo eran. Ahí comenzó, para Légaut, el problema: cuando el Jesús que experiencialmente ellos habían conocido comenzó a ser transmitido en términos teóricos, de doctrina y catequesis, esto es, en términos de una fe-teoría necesaria, que había que aceptar. Y el problema siguió, sin solución de continuidad, con desarrollos doctrinales como el de Pablo ⁽⁶⁾ que pudo presentar un Cristo cósmico sin necesidad prácticamente de referirse al Jesús humano. Por ello, en contraste con Pablo entonces y con Teilhard de Chardin en el siglo XX, Légaut dirá que su Cristo es «presinóptico», un Cristo humano, anterior a las cristologías de los Evangelios Sinópticos.

Un Cristo no conocido en su humanidad, por sublime que sea, es teórico y, a efectos de realización humana, lo teórico es lo más opuesto a esta. Porque, con su “realización” teórica, sustituye y desplaza hacia este nivel lo que solo puede ser realización verdadera, existencial y práctica. De ahí que la

⁽⁶⁾ Aunque hoy sabemos, y este dato es muy importante, que las Cartas auténticamente paulinas son anteriores a los Evangelios Sinópticos y por tanto también lo es su cristología.

desviación entre experiencia o conocimiento existencial y doctrina o conocimiento teórico haya ido creciendo a lo largo de los veintiún siglos de cristianismo, hasta nuestros días.

Propuesta de Légaut

Hemos evocado la crítica de Marcel Légaut al Concilio Ecuménico Vaticano II, así como la visión y posición cristiana desde la que la hace. ¿Cuál es su propuesta, aunque algunos elementos de la misma ya han ido saliendo? La podríamos resumir en una frase: hacer hoy —como Iglesia o, mejor, como Iglesias, abarcando a todas— lo que no se ha hecho en veinte siglos. Y podemos desagregar este hacer, para su abordaje, en las cinco necesidades y tareas siguientes.

1. Cultivar la profundización humana y acompañar en ella al ser humano

Sin profundización humana, no es posible una espiritualidad humana digna de este nombre. Por ello la Iglesia como comunidad e institución, so pena de faltar a su misión, tiene que cultivar esta profundización humana como quehacer cotidiano, suscitarla en sus miembros y en todos los seres humanos que la escuchan, y acompañarla, cosa que la Iglesia no ha hecho y en lo que ha faltado gravemente. «Una deficiencia grave de la Iglesia después de siglos: haber dejado de cultivar la profundización humana». Así reza un epígrafe de *Mutation de l'Église et conversion personnelle* (7). Y bajo dicho epígrafe escribe Légaut: «Esta necesidad nunca ha sido particularmente afirmada en la Iglesia. Nunca ha cultivado con aplicación en sus miembros la interioridad sin la cual esta profundización es imposible» (8). La acusación es bien grave pero es

(7) Op. cit. p. 49.

(8) Id.

real pues afirma y reitera que la Iglesia ha fallado en algo esencial a su misión.

2. Recuperar la dimensión humana de Jesús

Un Jesús no conocido en su humanidad es una realidad más cerebral y afectiva que otra cosa de cara a la espiritualidad; y como tal no la permite aunque lo parezca porque se presenta como creencial y divina pero, por ello mismo, como sobrenaturalmente extrapolada y humanamente inasequible. De ahí la gravedad de la carencia. Y este Jesús, carente de humanidad real, es el que la Iglesia ha conocido y presentado durante prácticamente toda su existencia, el Cristo de la creencia y de la teología, personaje divino en el que lo humano fue apariencia (docetismo).

Esto es lo que pasa cuando, para conocer a Jesús, se parte del "Cristo de la fe", o de las teologías. Pero igualmente sucede cuando se parte del "Jesús de la historia" o de los historiadores, como si ella y ellos pudieran captar y reflejar lo que en él hubo de espiritual e inexpressable. Sólo conociéndolo en su humanidad, como lo conocieron sus primeros seguidores y, ojalá, conociéndolo incluso mejor que ellos, es como se puede conocer lo que Jesús realmente fue y sigue resultando inspirador para los hombres y mujeres de hoy.

3. Conocer críticamente la historia del cristianismo como Iglesia y tradición

Dada la distorsión espiritual experimentada por el cristianismo desde muy temprano, casi desde sus orígenes, conocer críticamente esta historia y asumirla, así conocida, como la propia historia es fundamental para poder ser hoy hombres y mujeres cristianos plenamente humanos, plenamente realizados. Lo contrario es dar por bueno el cristianismo

doctrinal y moral, heredado al percibirlo como dogmático y providencial, obra del Espíritu, y seguir trasmitiéndolo así, sin más preguntas ni cuestionamientos que los que se refieren a su actualización y renovación, y esto de tiempo en tiempo, lo cual es radicalmente insuficiente de cara a ser seres plenos y totales.

4. Conocer en profundidad la época actual como época de crisis y de búsqueda de la realización humana

Esta es una necesidad de primer orden. Sin ella no hay espiritualidad que signifique o que sea un existir humano pleno. Al contrario, lo que se propone como tal es una teoría, una doctrina —ideología, en términos de Légaut— que lo que busca es su aceptación e internalización; una vida de acuerdo a normas siempre externas, no la vida desarrollándose a partir de su dimensión más profunda, como una creación. Una espiritualidad sin el conocimiento integral, humano, social, cultural y profundo, esto es, espiritual, de la propia época, es una *contradictio in terminis*, y como tal, es imposible. El argumento de que, aunque sea anacrónica, siempre será espiritual, no vale. Una espiritualidad anacrónica es siempre abstracta, teórica, ideológica y, como tal, no es espiritual. Una espiritualidad solo es verdadera si es hija de su tiempo o si es avance y adelanto del que viene; y no lo es si es anacrónica en el sentido de que es algo del pasado.

5. Mutación de la Iglesia y conversión personal ⁽⁹⁾

Cada tarea anterior responde, por así decir, a un reto específico. La mutación de la Iglesia, también. Si la falla de la Iglesia viene desde un comienzo, y en este sentido es estruc-

⁽⁹⁾ A esta propuesta dedica Légaut el libro del mismo título, *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, Aubier, París 1975.

tural y casi congénita, no es una reforma lo que puede superarla, por profunda y radical que sea, sino una mutación, un cambio total en la naturaleza y función de la Iglesia, en su ser y quehacer más profundo, que no le va a permitir reconocerse en lo que históricamente ha sido. ¡Tal es el calibre del cambio o transformación que la Iglesia tiene que sufrir!

La Iglesia que tiene que surgir de la mutación tiene que ser totalmente diferente: una comunidad de hombres y mujeres humanos y por tanto espirituales al estilo de Jesús; comunidad llamada, como él, a suscitar la dimensión más profunda que hay en todo ser humano y a acompañarle en su realización; no una institución religiosa que, por definición, solo puede ver al ser humano en términos creenciales y acompañarlo en esos mismos términos, proponiéndole una doctrina y una moral, sin sospechar siquiera de su fondo espiritual ya existente. Para abrirse a ello, la Iglesia tiene que sufrir una mutación, que debe significar para ella un «segundo nacimiento».

En esta situación, ¿un nuevo concilio?

A medida fueron apareciendo las limitaciones del Concilio Vaticano II, no han faltado reflexiones reclamando la necesidad de otro concilio. ¿Será realmente necesario para lograr la renovación que se desea? Las limitaciones son bien reales, tanto desde el punto de vista doctrinal como pastoral y organizativo. Pero no pareciera que para superarlas se necesite un concilio. Es un gran riesgo. Se puede lograr lo políticamente lograble con instituciones como los sínodos episcopales, reforma de la Curia Romana y otros medios de gobierno. El riesgo al que nos referimos es el resultado incierto ante el fraccionamiento creciente que se está dando en la Iglesia tanto a nivel doctrinal como pastoral. En esta situación no

pareciera aconsejable celebrar un concilio. Puede resultar algo bien distinto de lo que el sector o sectores pro concilio desean. El fraccionamiento existente es bien real y se está expresando muy fuertemente y, en los tiempos recientes, está llegando a límites no conocidos.

Pero, en nuestro epígrafe, con la expresión «en esta situación» nos referimos a la situación que indica la crítica de Marcel Légaut y que nosotros compartimos. Hoy por hoy, es impensable un concilio que vaya en la línea deseada por Légaut, de recuperación del cristianismo como propuesta y camino de espiritualidad. La Iglesia Católica no está preparada, ni lo está ninguna otra Iglesia ⁽¹⁰⁾. Aún falta mucho para que se pueda dar un concilio recuperador del cristianismo como propuesta y camino de espiritualidad. Y nos estamos refiriendo a toda la Iglesia, fieles, jerarquía y teólogos. Apenas se ha avanzado un tanto en las cinco necesidades o retos a los que debe responder la Iglesia, incluso desde la exégesis bíblica, en la recuperación de la humanidad de Jesús. Hoy por hoy, de celebrarse un concilio, sería una repetición del concilio pasado; sería una repetición renovada, actualizada —lo cual no dejaría de tener su valor— pero, desde el punto de vista espiritual, no sería sino una reiteración. Sin embargo, no se puede negar que la vía un compromiso radical con los pobres, asumido radicalmente por un concilio, podría llevar a las Iglesias a una salida del cristianismo-religión y a un encuentro del cristianismo-espiritualidad.

⁽¹⁰⁾ En la propuesta de celebrar un concilio es importante pensar en todas las Iglesias cristianas porque, caso de celebrarse, como punto de partida, tendría que ser verdaderamente ecuménico: universalmente cristiano, comprendiendo todas las Iglesias. Y también para esto falta mucho tiempo; menos, pero falta mucho tiempo.